

Adan Kovacsics

El vuelo de Europa

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2016

© Adan Kovacsics, 2016

© **Ediciones del Subsuelo SCP, 2016**

c/ Nàpols, 282, 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-944328-1-1

Depósito legal: B 11959-2016

Diseño de la cubierta: Júlia de Quadras Alamán

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 - 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Índice

Papillón	11
El corresponsal	46
Escritos desde la orilla	77
Un representante europeo	113
Un ensayo	134



No hay amor en mí.

IMRE KERTÉSZ
Expediente

Pidamos a los dioses un corazón sencillo.

FRANZ GRILLPARZER
Medea

Bohemia, una comarca desierta, junto al mar.

WILLIAM SHAKESPEARE
El cuento de invierno



Papillón

I

Se olía el incipiente otoño. El aire era fresco, la noche caía pronto, los charcos formados por las lluvias se aferraban a los caminos para ya no dejarlos. Empezamos a recoger, a preparar las maletas, a guardar los enseres, a cerrar los postigos, dispuestos a clausurar nuestra casa de veraneo en Gloggnitz, en las estribaciones de los Alpes, y a dejarla al albur del silencio y de los insectos hasta nuestra próxima venida, prevista, como de costumbre, para Navidad. Había sido un verano tranquilo y agitado a la vez. Lo primero, porque nada nos sacó ni de quicio ni de nuestras rutinas. Lo segundo, porque no dejamos de hacer visitas a nuestros amigos y vecinos, ni de recibir las suyas, concluidas en largas y a veces tumultuosas sobremesas y acompañadas de la presencia molesta, inoportuna y punzante de los mosquitos. La nuestra era, a decir verdad, la casa más frecuentada, el polo de atracción de la zona, a ella acudían una y otra vez hombres y mujeres que veraneaban en los alrededores. Quién sabe, quizá por esa mezcla justa de orden y desorden, de ritual y libertad que seducía a los huéspedes. O porque mi marido y yo éramos los más jóvenes del vecindario y también los más voluntariosos, quienes más energía poseíamos y más tolerancia con

las manías de los invitados. Nuestra veranda, que daba a un jardín laberíntico, se llenaba de humo de tabaco, de gritos, de discusiones, de cabezas coloradas por el alcohol y por el apasionamiento; algunos abandonaban las interminables tertulias para retirarse a alguna habitación, echarse un sueño y volver al cabo de un tiempo, al alba a veces, pues todos actuaban como si se hubieran desinflado los neumáticos de sus coches, impidiéndoles el regreso a sus hogares. Entre las visitas frecuentes estaban las de nuestro vecino más cercano, Hannes Lapidus, quien, fuese por aburrimiento, fuese porque, al oír las voces, prefería sumergirse en ellas a escucharlas desde la distancia, solía presentarse cuando había comenzado la improvisada cena. En un principio venía solo, pero con los años se acostumbró a traer a su perro o, dicho de otro modo, este se habituó a acompañar a su amo y a instalarse con naturalidad entre nosotros. Era un perrito negro con una mancha de color marrón claro en el pecho y otra en el morro, un animalito vivaz en cuya generación algo habían tenido que ver, alguna vez, un pinscher y quizá también un papillon, por las grandes orejas. De movimientos ágiles y mirada melancólica —cualidad esta que, según se dice, comparten todos los animales, más cercanos a la impenetrable gravedad del universo—, soportaba estoicamente los achuchones de los niños, pero prefería resguardarse bajo la mesa, donde no dormía, sino que se levantaba cada dos por tres para averiguar a qué se debía ese golpe en el tablero o aquel grito teatral. Papillón, que así se llamaba el perrito, volvía luego a estirarse y lanzaba, en intervalos más o menos regulares, profundos sus-

piros, como los de una abuela que no entiende a sus nietos.

Otros invitados habituales a esas reuniones eran Elisabeth y Thomas, una pareja a la que desde hacía años nos unía, a mi marido y a mí, una amistad a prueba de distancias y malentendidos y que acudía con sus dos hijitos, varones como los dos nuestros. A la cuadrilla pertenecía asimismo el padre de Elisabeth, Siegfried Lagard. Abogado con bufete en Viena y cazador empedernido, no perdía ni una oportunidad para acercarse a su chalet, situado muy cerca del nuestro, y para dedicarse a su pasión cinegética, cuyo prolijo despliegue comenzaba en plena noche, cuando se instalaba en el bosque a acechar a las presas. Luego, en verano, tiempo de veda, se dedicaba a narrar sus hazañas. La descripción de la espera en la paranza era siempre el instante de máximo arrobamiento en los relatos cinegéticos de Lagard, al que llamábamos el «señor abogado», aunque algún oyente sospechaba que lo hacía sólo para presentarse como un alma pacífica, aficionada a la calma y a la reflexión más que a la sustancia de la caza, esto es, la sangre, las tripas, la rigidez cadavérica. Cuando rememoraba aquellas horas de aguardo y expectativa, clavaba la vista en algún punto en lo alto, se le encendía la expresión de los ojos, y se sumía en un mutismo extasiado, como si reviviera ante la mirada interna aquellos momentos de paz suprema. Tal era su silencio que invitaba a los demás, que no alcanzábamos su grado de arrobo, a reemprender la conversación por otro punto, la política, por ejemplo, o los condes de Wurmbrand, propietarios del cercano castillo de Steyersberg.

La mención de los Wurmbrand sacaba al señor abogado de su éxtasis y lo sumía en otro. Los suponía por doquier, los veía aparecer por todas partes; en cada paseo que daba, en cada excursión que emprendía, vislumbraba la posibilidad de encontrarse con un Wurmbrand. Si se hubiese topado con alguno en el sendero de un bosque, se le habría tirado al cuello y lo habría apabullado con datos, fechas y referencias; le habría recordado los orígenes medievales de la ilustre casa o su escudo con el dragón. Nuestro territorio le parecía inundado por los Wurmbrand, que se le antojaban omnipresentes, a pesar de que la familia contaba ya con escasos efectivos a estas alturas del siglo XXI. Además, estaba al tanto de las transacciones realizadas desde tiempos inmemoriales por la sinuosa estirpe.

—Los Wurmbrand —empezó, recuerdo, un día el señor abogado— vendieron su castillo originario, el de Stup-pach, a un tal Walsegg. Sí, y fue un Walsegg —añadió— quien encargó el *Réquiem* a Mozart y quien lo estrenó atribuyéndose, para colmo, la composición de la obra, pues la copió y la firmó del siguiente modo: *composto del conte Walsegg*.

—La impostura no es ningún pecado —intervino Lapidus con voz grave y opaca, como si hablase de mala gana, aunque esta impresión se debía más que nada a la lentitud con que pronunciaba las palabras—. Todo buen amante, por ejemplo, es un impostor, todo buen amante es otro. Cuando somos otro, somos mejores —dijo—, mejores artistas, mejores ingenieros, mejores esquiadores. Actuamos mejor, hacemos mejor el bien, y también el mal, claro... Resulta extraño y, a la vez, ilustrativo que en nuestro

primer recuerdo nos veamos como si fuésemos otro. En el mío, por ejemplo —continuó—, veo a un niño subiendo a un taxi con mis padres o, si se prefiere, a mis padres y a un niño subiéndose a un taxi que los llevaría a una casa situada entre arces y castaños en el campo.

Lo que refería resultaba, desde luego, sorprendente, puesto que Lapidus no solía explayarse y raramente mencionaba su infancia. Es más, abominaba de ella. La niñez sólo podía verse, dijo en una ocasión, como un lugar irremediablemente perdido, destruido por una guerra, por una devastación, por una catástrofe. Curioso era que, si bien no evocaba a menudo esa época de su vida, su cuerpo, más bien obeso, de carnes flojas, cambiaba las pocas veces que la rememoraba, se volvía terso y compacto, hasta se le estiraba la cabeza redonda y, sobre todo, se le ponía colorado el cutis como si una marea subiese y un mar rojo inundara la arena del rostro, dejando esparcidas aquí y allá unas manchitas de color blanco. Confieso que mis ojos no se despegaban de él y observaban con detenimiento los cambios que se producían. Como escultora que soy, vivo siempre atenta a los detalles de los cuerpos, me encuentre donde me encuentre, haga lo que haga. Nuestros hijos y los de Elisabeth y Thomas dormían a pierna suelta a esa hora en que Lapidus desgranaba sus amargas y melancólicas reflexiones, y mi marido y yo, a decir verdad, agradecíamos la oportunidad de tener a los niños a buen recaudo, de desentendernos por un tiempo de ellos y de poder participar en conversaciones alejadas de los intensos y a ratos incomprensibles vaivenes y exigencias del absorbente mundo infantil.